

REVISTA ESPIRITISTA, DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

El Evangelio segun el Espiritismo.—Dios.—Breve contestacion á los detractores del Espiritismo.—Cartas sobre el Espiritismo, por un cristiano, IV.—Disertaciones espiritistas: Despues de la tempestad viene la calma. La vida eterna.—Bibliografia.—Avisos.—Correspondencia.

EN VENTA.

EL EVANGELIO

SEGUN

EL ESPIRITISMO. ⁽¹⁾

CONTIENE LA EXPLICACION DE LAS MÁXIMAS MORALES DE CRISTO, SU CONCORDANCIA CON EL ESPIRITISMO, Y SU APLICACION Á LAS DIVERSAS POSICIONES DE LA VIDA, POR

ALLAN KARDEC,

autor del *Libro de los Espíritus*.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL Y PUBLICADA

por la

SOCIEDAD BARCELONESA PROPAGADORA DEL ESPIRITISMO.

Como lo hizo Allan Kardec, nos abstemos nosotros de toda reflexion sobre esta obra, limitándonos á extractar de la *Introducción*, la parte que indica su objeto.

«Las materias contenidas en los Evangelios pueden dividirse en cinco partes: *Los actos ordinarios de la vida de Cristo, los milagros, las predicciones,*

(1) Un volumen cuarto francés, 12 rs.—Diríjanse los pedidos á la «Sociedad barcelonesa propagadora del Espiritismo», Bases 30.—En el resto de la Península, principales librerías.

las palabras que han servido para establecer los dogmas de la Iglesia, y la enseñanza moral. Si las cuatro primeras han sido objeto de controvérsias, la última ha subsistido inatacable. Ante este código Divino, la misma incredulidad se inclina; y él es el terreno en donde pueden encontrarse todos los cultos, el estandarte bajo el cual todos pueden abrigarse, cualesquiera que sean sus creencias; porque nunca ha sido objeto de disputas religiosas, siempre y por todas partes suscitadas por las cuestiones de dogma; por lo demás, si las sectas la hubiesen discutido, hubieran encontrado en ella su propia condenación, porque la mayoría ha tomado en consideración mas la parte mística que la parte moral, que exige la reforma de sí mismo. Para los hombres en particular es una regla de conducta que abraza todas las circunstancias de la vida pública ó privada, el principio de todas las relaciones sociales fundadas en la más rigurosa justicia; en fin, y sobre todo, es el camino infalible de la felicidad verdadera, la parte que nos descorre el velo que cubre la vida futura. Esta parte es el objeto exclusivo de la presente obra.

Todo el mundo admira la moral evangélica; todos proclaman su excelencia y su necesidad, pero muchos lo dicen por que lo han oido decir á los otros, ó bajo la fé de algunas máximas proverbiales; pero son pocos los que la conocen á fondo, y ménos aún los que la comprenden y saben deducir sus consecuencias. En gran parte la razon consiste en la dificultad que presenta la lectura del Evangelio, ininteligible para el mayor número. La forma alegórica, el misticismo intencional del lenguaje, hacen que la mayor parte lo lea por conciencia y por deber, como lee las oraciones, sin comprenderlas, es decir, sin fruto. Los preceptos morales diseminados, confundidos en la masa de otras narraciones, pasan desapercibidos, siendo entonces imposible atender al conjunto y hacer de él una lectura y una meditacion separadas.

Es verdad que se han hecho tratados de moral evangélica, pero su estilo literario moderno le ha quitado la sencillez primitiva, que constituye á la vez su encanto y autenticidad. Lo mismo sucede con las máximas que se han entresacado, reducidas á su mas sencilla expresion proverbial, pues entonces se reducen á aforismos que pierden una parte de su valor y de su interés, por la falta de los accesorios y de las circunstancias en que se dieron.

Para evitar estos inconvenientes, hemos reunido en esta obra los articulos que pueden constituir, propiamente hablando, un código de moral universal, sin distincion de culto; en las citas, hemos conservado todo lo útil al desarrollo del pensamiento, quitando ó separando sólo las cosas extrañas al objeto. Por lo demás, hemos respetado escrupulosamente la traducion original de Scio, así como la division por versículos. Pero en lugar de seguir un orden cronológico imposible y sin ventaja

real en este asunto, hemos agrupado y colocado metódicamente las máximas segun su naturaleza, de manera que tengan relacion las unas con las otras en lo posible. Las llamadas de los números de orden de los capítulos y de los versículos, permite recurrir á la clasificacion vulgar, si se juzga necesario.

Si asi no hubiésemos procedido, nuestro trabajo que hubiera sido material, hubiese tenido sólo una utilidad secundaria; lo esencial era ponerlo al alcance de todos, por la explicacion de los puntos oscuros, y el desarrollo de todas las consecuencias en vista de la aplicacion á las diferentes posiciones de la vida. Esto es lo que hemos intentado con la ayuda de los buenos Espíritus que nos asisten.

Muchos puntos del Evangelio, de la Biblia y de los autores sagrados en general, nos son ininteligibles, y muchos de ellos sólo nos parecen irracionales por falta de la clave que nos haga comprender su verdadero sentido; esta clave está completa en el Espiritismo, como han podido convencerse de ello aquellos que lo han estudiado formalmente, y como se comprenderá mejor aún en lo venidero. El Espiritismo se encuentra por do quiera así en la antigüedad, como en las demás épocas; en todas partes se encuentran sus huellas, en los escritos, en las creencias y en los monumentos; y por esta razon, si abre nuevos horizontes para el porvenir, arroja tambien una luz no ménos viva sobre los misterios del pasado.

Como complemento de cada precepto, hemos añadido algunas instrucciones, elegidas entre las dictadas por los Espíritus en diferentes países y con la intervencion de diferentes médiums. Si estas instrucciones hubiesen salido de un solo origen, hubieran podido sufrir una influencia personal ó la del centro, mientras que la di-

versidad de orígenes, prueba que los Espíritus dán sus enseñanzas en todas partes, y que no hay nadie privilegiado bajo este concepto.

Esta obra es para uso de todos; cada uno puede sacar de la misma los medios de arreglar su conducta á la moral de Cristo. Además, los Espiritistas encontrarán en ella las aplicaciones que les conciernen mas especialmente. Gracias á las comunicaciones establecidas, desde hoy en adelante, de una manera permanente entre los hombres y el mundo invisible, la ley evangélica, enseñada á todas las naciones por los mismos Espíritus, ya no será letra muerta, porque todos la comprenderán y serán inducidos incesantemente por los consejos de sus guías espirituales á ponerla en práctica. Las instrucciones de los Espíritus son verdaderamente *las voces del cielo* que vienen á iluminar á los hombres y á convidarles á la práctica del Evangelio.

DIOS.

SU PRESENCIA EN TODAS PARTES.—SU VISION.

¿Cómo Dios, tan grande, tan poderoso, tan superior á todo, puede inmiscuirse en pormenores ínfimos, ocuparse de los mas insignificantes actos, y de los pensamientos mas insignificantes de cada individuo? Tal es la cuestión que nos proponemos con frecuencia.

En su actual estado de inferioridad, sólo difícilmente pueden los hombres comprender á Dios infinito, porque ellos están circunscritos, y son limitados, y por esto se lo figuran circunscrito y limitado, representándoselo como un ser circunscrito, y formándose de él una imagen á imagen suya. Nuestros cuadros, pintándole con fisonomía humana, no contribuyen poco á fomentar ese error en el

espíritu de las masas, que adoran en Dios mas la forma que el pensamiento. Para el mayor número es un poderoso soberano, sentado en un trono inaccesible, perdido en la inmensidad de los cielos; y como que sus facultades y percepciones son limitadas, no comprenden que Dios pueda dignarse intervenir directamente en las cosas mas pequeñas.

En la impotencia en que se halla el hombre de comprender la esencia misma de la Divinidad, sólo puede formarse de ella una idea aproximada por medio de comparaciones forzosamente muy imperfectas; pero que pueden, por lo menos, demostrarle la posibilidad de lo que, al principio, le parece imposible.

Supongamos un fluido bastante sutil para penetrar todos los cuerpos; es evidente que cada molécula de semejante fluido producirá en cada una de las de la materia con que está en contacto, una acción idéntica á la que produciría la totalidad del fluido. Esto lo demuestra la química á cada paso.

Siendo *ininteligente* el fluido, obra mecánicamente sólo por las fuerzas materiales; pero si le suponemos dotado de inteligencia, de facultades perceptivas y sensitivas, obrará no ciegamente, sino con discernimiento, con voluntad y libertad; verá, oirá y sentirá.

Las propiedades del fluido perispiritual, pueden darnos una idea de esto. El por sí mismo no es inteligente, porque es materia, pero es el vehículo del pensamiento, de las sensaciones y de las percepciones del Espíritu. A consecuencia de la sutileza de ese fluido penetran los Espíritus en todas partes, escudriñan nuestros pensamientos, ven y obran á distancia; á él, llegado ya á un cierto grado de purificación, deben los Espíritus el don de ubiidad, bastándoles un rayo de su pensamiento dirigido hacia diversos puntos, para que puedan manifestar en ellos su presencia simultánea. La extensión de esta facultad está subordinada al grado de elevación y purificación del Espíritu.

Pero éstos, por elevados que sean, son criaturas limitadas en sus facultades, y su

poder y la extensión de sus percepciones, no pueden, bajo este aspecto, igualarse á Dios; pero pueden, sin embargo, servirnos de punto de comparacion. Lo que el Espíritu puede realizar tan sólo dentro de un límite estrecho, Dios, que es infinito, lo realiza en proporciones infinitas. Existen tambien las diferencias de que la acción del Espíritu es momentánea y está subordinada á las circunstancias, cuando la de Dios es permanente; el pensamiento del Espíritu no abraza mas que un tiempo y un espacio circunscritos, al paso que el de Dios abraza el universo y la eternidad. En una palabra, entre los Espíritus y Dios, existe la diferencia que va de lo finito á lo infinito.

El fluido perispiritual no es el pensamiento del Espíritu, mas sí su agente é intermedio. Como es el fluido el que trasmite el pensamiento, está de cierto modo impregnado de éste, y en la imposibilidad en que nos hallamos de aislar el pensamiento, parécenos que él y el fluido no forman mas que una misma cosa, de la misma manera que el sonido y el aire parecen formar una sola cosa, de suerte que podemos materializarlo, por decirlo así. Como decimos que el aire se hace sonoro, podríamos, tomando el efecto por la causa, decir que el fluido se hace inteligente.

Que respecto del pensamiento de Dios sea ó no sea así, es decir, que obre directamente ó por medio de un fluido; para facilidad de nuestra inteligencia, representémonos ese pensamiento bajo la forma concreta de un fluido inteligente que llena el universo infinito, penetrando todas las partes de la creacion: la naturaleza entera está sumergida en el fluido divino; todo está sometido á su acción inteligente, á su prevision, á su solicitud; ni un solo ser, por ínfimo que sea, deja de estar en cierto modo saturado de él.

De esta manera estamos constantemente en presencia de la Divinidad; ni una sola de nuestras acciones podemos esquivar á su mirada; nuestro pensamiento está en contacto con el suyo, y con razon se dice que Dios lee en los mas profundos pliegues de nuestro

corazon; *estamos en él como él está en nosotros*, segun las palabras de Cristo. Para extender su solicitud á las mas pequeñas criaturas, no tiene, pues, necesidad de lanzar su mirada desde lo alto de la inmensidad, ni de abandonar *la morada de su gloria*, pues esta morada está en todas partes. Nuestras oraciones para ser oídas de él no han menester de salvar el espacio, ni de ser dichas con voz atronadora, pues nuestros pensamientos incesantemente penetrados por él, en él se repercuten.

La imagen de un fluido inteligente y universal, cierto que no pasa de ser una comparacion; pero capaz de dar una idea mas exacta de Dios que los cuadros que le representan en figura de un anciano de larga barba, envuelto en una capa. Sólo en las cosas que conocemos podemos tomar nuestros puntos de comparacion, y por esto se dice todos los dias: el ojo de Dios, la mano de Dios, la voz de Dios, el soplo de Dios, la faz de Dios. En la infancia de la humanidad, el hombre toma literalmente estas comparaciones, pero mas tarde su Espíritu, mas capaz de comprender las abstracciones, espiritualiza las ideas materiales. La de un fluido universal inteligente, que todo lo penetra, como serian los fluidos lumínico, calórico, eléctrico ó otros cualesquiera, si fuesen inteligentes, tienen el objeto de hacer comprender la posibilidad en Dios de estar en todas partes, de ocuparse de todo, de velar así por la hebra de yerba, como por los mundos. Entre él y nosotros no existe distancia; comprendemos su presencia, y este pensamiento, cuando á él nos dirigimos, aumenta nuestra confianza, pues ya no podemos decir que Dios está muy lejos y es muy grande para ocuparse de nosotros. Pero este pensamiento, tan consolador para el humilde y honrado, es harto aterrador para el malvado y el orgulloso endurecidos, que esperaban esquivarse de él merced á la distancia, y que en adelante se sentirán bajo la compresion de su poderío.

Nada es óbice á admitir, para el principio de la soberana inteligencia, un centro de acción, un foco principal que irradia sin cesar,



inundando al universo con sus eflúvios, como el sol lo inunda con su luz. Pero ¿dónde está ese foco? probable es que no esté fijo en un punto determinado, como no lo está su acción. Si los Espíritus tienen el don de ubiquidad, esta facultad en Dios debe ser ilimitada. Llenando Dios el universo, pudiera admitirse, á título de hipótesis, que aquel foco no tiene necesidad de trasportarse, y que se forma en todos los puntos donde su soberana voluntad juzga oportuno producirse, de modo que pudiera decirse que está en todas partes y en ninguna.

Ante estos insondables problemas, nuestra razon debe humillarse. Dios existé: no podemos dudar de ello; es infinitamente justo y bueno: ésta es su esencia; su solicitud se extiende á todo: así lo comprendemos ahora. Sin cesar en contacto con nosotros, podemos suplicarle con la certeza de ser oídos; sólo puede querer nuestro bien, y por esto debemos tener confianza en él. Esto es lo esencial; en cuanto á lo demás esperemos que seamos dignos de comprenderlo.

Puesto que Dios está en todas partes ¿por qué no le vemos? ¿Le veremos al salir de la tierra? También son éstas cuestiones que nos proponemos diariamente. La primera es fácil de resolver: nuestros órganos materiales tienen percepciones limitadas, que los hacen impropios para la vision de ciertas cosas, aún materiales. Por esta razon ciertos fluidos se sustraen totalmente á nuestra vista y á nuestros instrumentos de análisis. Vemos los efectos de la peste y no el fluido que la transporta; vemos cómo los cuerpos se mueven bajo la fuerza de gravitación, y á ésta no la vemos.

Las cosas de esencia espiritual no pueden ser percibidas por órganos materiales, y sólo con la vista espiritual podemos ver á los Espíritus y las cosas del mundo inmaterial; sólo nuestra alma, pues, puede tener la percepción de Dios. ¿Lo vé inmediatamente después de la muerte? Unicamente las comunicaciones de ultra-tumba pueden decírnoslo; y por ellas sabemos que la vision de Dios es privilegio de las almas mas purificadas, y que

sólo muy pocas poséen, al dejar su envoltura terrestre, el grado de desmaterialización que para ello se necesita. Algunas comparaciones vulgares harán comprender fácilmente esto.

El que está en el fondo de un valle, rodeado de una espesa bruma, no vé el sol; sin embargo, por medio de la luz difusa, conoce la presencia de aquél.

Si sube á la montaña, á medida que se eleva, la niebla se disipa, la luz se hace mas y mas viva, pero aún no vé al sol. Cuando empieza á descubrirlo, está aún velado, porque el vapor mas tenué basta á debilitar sus rayos. Sólo despues de haberse completamente superpuesto á la capa brumosa y encontrándose ya en una atmósfera completamente pura, lo vé en todo su explendor.

Otro tanto sucede á aquel cuya cabeza está envuelta en varios velos; al principio nada absolutamente vé, pero á cada velo que se le quita, distingue una luz mas y mas clara, y sólo cuando se le quita el último, vé claramente las cosas.

Tambien sucede lo mismo con un licor cargado de sustancias extrañas; al principio está turbio, pero á cada destilacion aumenta su trasparencia, hasta que, completamente purificado, adquiere una diafanidad perfecta, no presentando ningun obstáculo á la vista.

Esto mismo pasa con el alma. La envoltura perispiritual, bien que invisible é impalpable para nosotros, es para ella una verdadera materia, harto grosera aún para ciertas percepciones; pero esta envoltura se espiritualiza á medida que el alma se eleva en moralidad. Las imperfecciones del alma son como velos que oscurecen su vista; cada imperfección de que se desprende es un velo ménos, pero sólo despues de haberse purificado completamente, goza de la plenitud de sus facultades.

Siendo Dios la esencia divina por excelencia, no puede ser percibido en todo su explendor sino por los Espíritus que han llegado al mayor grado de desmaterialización. Si no le ven los imperfectos, no es porque estén mas lejos de él que los otros; como todos los seres de la naturaleza, aquéllos están su-



mergidos en el fluido divino. Tambien los ciegos lo están, como nosotros, en la luz y no la vén, sin embargo. Las imperfecciones son velos que ocultan á Dios de la vista de los Espíritus inferiores, y cuando se haya disipado la bruma, lo verán resplandecer. Para esto, no tendrán necesidad de subir, ni de irle á buscar en las profundidades de lo infinito, sino que, libre yá la vida espiritual de las nubes que la oscurecen, lo verán en cualquier lugar enqué se encuentren, aunque sea en la tierra, pues Dios está en todas partes.

Sólo andando los tiempos se purifican los Espíritus, y las diferentes encarnaciones son los alambiques en cuyo fondo dejan sucesivamente algunas impurezas. Al separarse de su envoltura corporal, no se despojan instantáneamente de sus imperfecciones, y por esto los hay que, después de la muerte, no vén mejor á Dios que durante la vida; pero, á medida que se purifican, tienen de él mas clara intuición, y si no le vén, le comprenden mejor, pues la luz es menos difusa. Luego, pues, cuando ciertos Espíritus dicen que Dios les prohíbe responder á una pregunta dada, no es que él se les aparezca ó les dirija la palabra para prescribirles ó prohibirles tal ó cual cosa, sino que lo sienten y reciben los esfúvios de su pensamiento, como nos sucede á nosotros con los Espíritus que nos envuelven en su fluido, aunque no los veamos.

Ningun hombre, pues, puede ver á Dios con los ojos de la carne. Si este favor se concediese á algunos, no seria mas que en estado de éxtasis, cuando el alma estuviera tan separada de los lazos de la materia como posible sea, durante la encarnación.

Semejante privilegio seria, por otra parte, exclusivo de almas escogidas, encarnadas por misión y no por expiación. Pero como los Espíritus de órden mas elevado resplandecen con brillo deslumbrador, es dable que otros menos elevados, encarnados ó desencarnados, deslumbrados por el explendor que rodea á aquéllos, hayan creido ver en ellos al mismo Dios. A veces, sucede que se toma al ministro por el soberano.

¿Bajo qué apariencia se presenta Dios á

los que se han hecho dignos de semejante favor? ¿Bajo una forma determinada? ¿En figura humana, ó como un foco de luz resplandeciente? El lenguaje humano no puede describirlo, porque no tenemos ningun punto de comparacion capaz de darnos una idea de ello. En este particular somos como ciegos, á quienes en vano se procuraria hacer comprender la brillantez del sol. Nuestro vocabulario está limitado á nuestras necesidades y al circulo de nuestras ideas; con el de los salvajes no podrian pintarse las maravillas de la civilizacion, el de los pueblos mas civilizados es harto pobre para describir los explendores de los cielos, harto pobre nuestra inteligencia para comprenderlos y nuestra vista, que es demasiado débil, seria deslumbrada por ellos.

BREVE CONTESTACION

A LOS

DETRACTORES DEL ESPIRITISMO. (1)

(OBRAS POSTUMAS.)

El derecho de exámen y de crítica es un derecho imprescriptible al que no pretende esquivarse el Espiritismo, como tampoco pretende satisfacer á todos. Cada cual es, pues, libre de aprobarlo ó de rechazarlo; pero aún así, preciso debiera ser que se le disentiese con conocimiento de causa. Pues bien, la crítica ha probado con suma frecuencia su ignorancia respecto de los principios mas elementales de aquél, haciéndole decir justamente lo contrario de lo que dice, atribuyéndole lo que rechaza, confundiéndole con las groseras y burlescas imitaciones del charlatanismo, dando, en fin, como regla general las excentricidades de algunos individuos. Con suma frecuencia tambien la malevolencia ha querido hacerle responsable de actos reprobables ó ridículos, en los que se halla su

(1) Revista espiritista de París, agosto 1869.

nombre incidentalmente, de lo que se ha hecho arma contra él.

Antes de imputar á una doctrina la incitacion á un acto reprobable enalquiera, exigen la razon y la equidad que se examine si la tal doctrina contiene máximas justificadoras de aquel acto.

Para conocer la parte de responsabilidad que alcanza al Espiritismo en una circunstancia dada, existe un medio muy sencillo, cual es el de inquirir *de buena fe*, no de los adversarios, sino en el mismo origen, lo que aprueba y lo que condena. Esto es tanto mas fácil, cuanto el Espiritismo no tiene secretos; su enseñanza se dá á la luz del dia, y cada cual puede comprobarla.

Si, pues, los libros de la doctrina espiritista condenan de un modo explícto y formal un acto justamente reprobado; si, por el contrario, sólo contienen instrucciones capaces de conducir al bien, prueba es de que el individuo culpable del delito no se ha inspirado en aquélla, aunque tuviese en su poder los libros.

El Espiritismo no es mas solidario de aquellos á quienes se les antoja llamarse espiritistas, que la medicina de los charlatanes que la explotan, y la sana religion de los abusos y hasta de los crímenes cometidos en su nombre. Sólo reconoce por adeptos suyos á los que practican su enseñanza, es decir, á los que trabajan en su propio mejoramiento moral, esforzándose en vencer las malas inclinaciones, en ser menos egoistas y orgullosos, mas afables, mas humildes, pacientes, benévolos, caritativos para con el prójimo y moderados en todas las cosas, pues éste es el signo característico del espiritista verdadero.

El objeto de esta breve contestacion no es el de refutar todas las alegaciones falsas dirigidas contra el Espiritismo, ni el de desarrollar ó probar todos sus principios, y menos aún el de convertir á sus ideas á los que profesan opiniones contrarias, sino el de decir, en pocas palabras, lo que es el Espiritismo y lo que no es, lo que admite y lo que rechaza.

Sus creencias, sus tendencias y su objeto

se resumen en las proposiciones siguientes:

1.^a *El elemento espiritual y el elemento material* son los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza, que se completan la una á la otra y reaccionan incesantemente una en otra é indispensables en ambas al funcionamiento del mecanismo del universo.

De la acción recíproca de estos dos principios nacen fenómenos, para cuya explicación es impotente cada uno de aquéllos, aisladamente considerado.

La ciencia propiamente dicha tiene la misión especial de estudiar las leyes de la materia.

El Espiritismo tiene por objeto el estudio del *elemento espiritual* en sus relaciones con el material, y encuentra en la unión de estos dos principios la razón de una multitud de hechos, hasta ahora inexplicados.

El Espiritismo marcha de concierto con la ciencia en el terreno de la materia: admite todas las verdades que aquélla asienta, pero donde se detienen las investigaciones de la ciencia, el Espiritismo continua las suyas en el terreno de la espiritualidad.

2.^a Siendo el elemento espiritual una de las fuerzas de la naturaleza, los fenómenos que con él se relacionan están sometidos á leyes, por lo mismo tan naturales como las que tienen su origen sólo en la materia.

Solamente por la ignorancia de las leyes que los rigen se han tenido por *sobrenaturales* ciertos fenómenos. Por consecuencia de este principio, el Espiritismo no admite el carácter miraculoso atribuido á ciertos hechos, á pesar de sentar su realidad ó su posibilidad. Para él no existen *milagros*, como derogaciones de las leyes naturales; de donde se sigue que los espiritistas no hacen milagros, y que la calificación de taumaturgos que les dán algunos, es impropia.

El conocimiento de las leyes que rigen el principio espiritual, se relaciona directamente con la cuestión del pasado y del porvenir del hombre. ¿Su vida está limitada á la existencia actual? Al entrar en este mundo, ¿sale de la nada, á la cual vuelve, al marcharse de

él? ¿Ha vivido ya y vivirá todavía? ¿*Cómo vivirá y en qué condiciones?* En una palabra, ¿de dónde viene y a dónde va? ¿Por qué está en la tierra y por qué sufre en ella? Tales son las cuestiones que cada cual se propone, porque para todos son de interés capital, y porque ninguna doctrina les ha dado aún solución racional. La que dá el Espiritismo, apoyada en los hechos y satisfaciendo las exigencias de la lógica y de la justicia, es una de las principales causas de la rapidez de su propagación.

El Espiritismo no es una concepción personal, ni resultado de un sistema anticipadamente concebido. Es la resultante de miles de observaciones hechas en todos los puntos del globo, que han convergido en el centro que las ha enlazado y coordinado. Todos sus principios constitutivos sin excepción, están deducidos de la experiencia, pues ésta ha precedido siempre a la teoría.

Así es como, desde un principio, el Espiritismo encontró raíces en todas partes. La historia no ofrece ejemplo de ninguna doctrina filosófica o religiosa que haya reunido en diez años, tan gran número de adeptos; y sin embargo, para darse a conocer no ha empleado medio alguno de los vulgarmente usados. Se ha propagado por sí mismo, gracias a las simpatías que ha encontrado.

Un hecho no menos constante es el de que en ningún país, ha nacido la doctrina en las capas inferiores de la sociedad, sino que en todas partes se ha propagado de lo alto a lo bajo de la escala social. En las clases ilustradas es en las que está aún casi exclusivamente exparcida, siendo ínfima la minoría de las personas no ilustradas que la conocen.

Está asimismo probado que la propagación del Espiritismo ha seguido desde su origen, una marcha constantemente ascendente, a pesar de todo lo que se ha hecho para estorbarlo y desnaturalizar su carácter, con la mira de desacreditarlo ante la opinión pública. Es también muy de notar, que todo lo que con este objeto se ha hecho, ha favorecido su difusión. La algarazza que con motivo de él se ha originado, lo ha puesto en cono-

cimiento de gentes que nunca habían oido hablar del asunto; mientras más se le ha afeado y ridiculizado, mientras más violentas han sido las declamaciones, más se ha excitado la curiosidad, y como que el examen no puede dejar de serle favorable, ha resultado que sus adversarios se han hecho, sin quererlo, sus ardientes propagadores. Si ningún perjuicio le han irrogado las diatribas, es porque, estudiándolo en su verdadero origen, se le ha encontrado muy diferente de lo que se le representa.

En las luchas que ha tenido que sostener, las personas imparciales le han tomado en consideración su moderación. Jamás ha usado de represalias con sus adversarios, ni devuelto injuria por injuria.

El Espiritismo es una doctrina filosófica que tiene consecuencias religiosas como toda filosofía espiritualista, y por esto mismo toca forzosamente las bases fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma y la vida futura; pero no es una religión constituida, dado que no tiene culto, rito ni templo y que, entre sus adeptos, ninguno ha tomado, ni recibido título de sacerdote o sumo sacerdote. Estas calificaciones son pura invención de la crítica.

Se es espiritista por el solo hecho de simpatizar con los principios de la doctrina y de conformar a ella su conducta. Es una opinión como otra cualquiera, que cada uno tiene el derecho de profesar, como se tiene el de ser judío, católico, protestante, furriérsta, san simoniano, volteriano, cartesiano, deista y hasta materialista.

El Espiritismo proclama la libertad de conciencia como un derecho natural, y la reclama para los suyos como para todo el mundo. Respeta todas las convicciones sinceras, pidiendo para sí la reciprocidad.

De la libertad de conciencia se desprende el derecho de *libre examen* en materia de fe. El Espiritismo combate el principio de la fe ciega, pues exige del hombre la abdicación de su propio juicio, y dice que toda fe impuesta carece de raíz. Por esto inscribe ésta en el número de sus máximas: «*Sólo es in-*

quebrantable la fé que en todas las edades de la humanidad, puede mirar cara á cara á la razon.»

Consecuente con sus principios, el Espiritismo no se impone á nadie, sino que quiere ser libremente y por conviccion aceptado. Expone sus doctrinas y recibe á los que voluntariamente se unen á él.

No procura separar á nadie de sus convicciones religiosas; no se dirige á los que tienen una fé que les basta, sino á los que, no estando satisfechos de lo que se les ha dado, buscan algo mejor.

ALLAN KARDEC.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO,

POR UN CRISTIANO.

IV.

París 15 de Julio de 1863.

Querida Clotilde:

Cuando llega el mes de abril, los almendros, melocotoneros y manzanos se adornan con su fragante blancura; el de mayo, que le sigue, enarbola sus verdes y vivificantes colores que junio, hábil tejedor, esmalta de blancas bellotitas y de capullos de oro; viene julio, como un desposado, alisa y perfuma sus dorados y expléndidos ramales: sigue agosto, sumuoso como un emperador y generoso como un amante feliz, se apodera de pronto de sus dorados y sabrosos frutos por los valles y los montes; en fin, viene setiembre con sus alegres canciones, con sus guirnaldas de pámpanos y de racimos encarnados, á entonar el canto de la extrujadora: así todo llega á su tiempo.

Pues, amiga mia, cuando ha llegado la hora para la manifestacion de una nueva idea, todas las negaciones son impotentes para impedir su advenimiento, primero y su triunfo despues. Cuando una fruta está madura cae, y si no se recoge, se aprovecha de ella la tierra. Nada se pierde. Lo mismo sucede con

la preexistencia de las almas. Esta idea contenida en el interior de los escritos de los filósofos y de las religiones pasadas, ha germinado en el seno de las religiones y de los filósofos modernos. Finalmente, ha dejado en la historia de los pueblos huellas tan luminosas, que es imposible desconocerlo. Así como un licor generoso en fermentacion rompe algunas veces el frasco que lo contiene, y esparce por la atmósfera las partículas odoríferas y perfumadas que lo componen, del mismo modo la idea de la preexistencia, adelantando la hora de su aparicion, vaga, confusa y mal constituida, se ha escapado en diferentes épocas de los cerebros que la contenian.

No sé que escritor, Balzac quizá, ha citado un estadista cuya originalidad consistia en medirlo todo con su paraguas: «La torre de Strabourg—decia, tiene tantos paraguas de altura: de París al Havre hay tantos paraguas.» Ah! querida prima, todos los autores que tratan á nuestro planeta de viejo mundo, miden á éste con su paraguas. Los setenta siglos, que segun la cronología genealógica se asignan á la edad de la tierra, nos parece una cosa fenomenalmente larga; pero los trescientos siglos que los geólogos contemporáneos le conceden, nos parecen tres eternidades. Y sin embargo, ¿qué es un dia en la vida del hombre? qué es un siglo en la eternidad? un grano de arena, un átomo, menos que nada.

Ah! Clotilde, cuán aplicable es aún hoy el *conóctete á ti mismo* del divino Sócrates, y cómo prueba esta máxima la profunda mirada y la amplia penetracion de aquel sabio, ilustre entre todos! Oh hombre! *conóctete á ti mismo!* nos repite aún desde lo alto de su triple encarnacion, pero el sabio, el filósofo, el mismo sacerdote, enorgullecidos con sus progresos intelectuales, y desafiando su propio conocimiento, han querido medir la Divinidad y discutir gravemente sobre su *subsistencia ó su no-subsistencia*.

Pues bien! no nos conocemos nosotros mismos, y queremos descubrir esa vasta Evidad! nó, nó, seamos mas sencillos y limité-

monos á adorar á Dios en sus diversas manifestaciones, y bendecirle en su creacion.

Para comprender, sino la edad real de la tierra—en cuanto al ciclo que debe correr,— al ménos la que puede tener efectivamente, tomemos al hombre como punto de comparacion. Razonemos. Todo en la tierra obedece á la ley del progreso: esto está demostrado. De la cuna á la tumba, la progresion humana es manifiesta, cuando ménos bajo el punto de vista espiritual, sino bajo el punto de vista material. No se trata, pues, sino de aplicar la ley de esta progresion á nuestro planeta, considerado individualmente.

¿Quién no conoce la teoría del rosal ó de la hoja de la col, bajo los cuales se dice á los niños que fueron encontrados? Pues bien! me parece demostrado que la humanidad terrena áun está en la historia de la hoja de col. La obscuridad mas profunda encubre el origen humano, y el ojo del investigador se para ante un obstáculo insuperable, cuando quieren sondearse las condiciones. No obstante, la evidente analogía que existe entre el hombre y la humanidad, tomada en abstracto, nos permite entrever un punto luminoso en las tinieblas del origen de ésta. Ya sea en un siglo, ya en veinte, ó quizá dentro diez años, un rayo de luz, partido de lo alto, vendrá á ilustrar esta reservada cuestión. Yo la entreveo como una certeza, y esta fe me ha venido como una intuicion. La aplicacion de aquella ley del hombre á la humanidad engendrará consecuencias de una incalculable importancia. Será una fuente de certezas relativas, que precaverán á la humanidad contra todas las flaquezas futuras. Sí, amiga mia, del mismo modo que para el niño, llega una edad en que el mito del rosal es reemplazado por la realidad, así tambien para la humanidad, llegará la hora bendita en que el misterio será borrado por la verdad. Es cierto que el hombre, por razon de la fragilidad de sus órganos en su tierna edad, no encuentra jamás en su recuerdo la historia de sus primeras impresiones externas y cerebrales; sin embargo, todos los hechos y todas las circunstancias que acompañaron sus primeros pasos

en la vida, pueden serle relatados fielmente por los que vigilaron sus primeros vagidos, sus primeras horas, por aquella solicitud continua que una madre sabe encontrar en su corazon. Prosiguiendo mi comparacion, digo que en un momento dado, la solicitud maternal que ha rodeado de cuidados los primeros pasos de la humanidad, sustituirá el dato confuso que tenemos de la creacion, por la verdad absoluta respecto á lo que se ha realizado. De lo que deduzco naturalmente que el orbe que nos contiene, no ha llegado aún á su edad de razon. Un vago presentimiento me agita, un influjo superior me lo dice: esa época llega, comienza la era en que Dios permitirá á la gran familia humana ver claramente y con exactitud en la historia de su pasado, es decir, de su primera infancia. Hé aquí porque hoy la idea espiritista brilla en todas partes, así en la cabaña como en el trono, en las ciudades babilónicas como en los villorrios perdidos entre las nieves de los Alpes; porque es la clave que debe abrirnos el mundo de las certezas. Para mí, en esta difusion de la facultad medianímica presiento la accion evidente de la madre protectora de nuestra tierra, que le enseña una nueva lengua, un nuevo modo de investigacion, cuya ley no está aún definida, pero cuyos fenómenos primordiales se afirman irrevocablemente.

Sea lo que fuere, si los datos son aún inciertos respecto á los principios de nuestro orbe, no sucede lo mismo con respecto á la Reencarnacion y preexistencia de las almas.

«Ego occidam et ego vivificabo, et percuciam et ego sanabo: Yo mataré y yo vivificaré; yo heriré y yo curaré, dice el Señor.»

Este versículo del Deuteronomio implica claramente la preexistencia y la Reencarnacion. La estructura de la frase, la posicion relativa de las palabras entre sí y la enérgica concisión del mandato, que dá el eterno Maestro: todo contribuye á ello. No dice:

YO MATARÉ Á AQUELLOS A QUIENES HE DADO LA VIDA; YO DAÑARÉ A LOS QUE HE CURADO, SINO: YO DARÉ LA VIDA A LOS QUE HE MATADO, CURARÉ A LOS QUE HE HERIDO.

Sólo esta interpretacion responde á la grandeza, á la justicia y á la bondad del Todopoderoso. Todos los subterfugios de la dialéctica no harán preferible al sentido natural que resulta de aquellas palabras divina, un sentido anfibológico que ciertos comentadores se han esforzado en hacer prevalecer. ¿Con qué utilidad se ha buscado una interpretacion difícil, obscura y alambicada á aquellas palabras, sencillas y concisas que tan claramente dicen lo que quieren decir? A qué tantos esfuerzos de imaginacion para llegar á lo contrario de lo que es comprensible? Otra magnífica enseñanza resulta aún de aquel versículo, no ménos digna del Soberano Señor: que la vida sucede á la muerte; que la curacion sigue siempre á la herida, ó mejor, que el perdon será tarde ó temprano el complemento natural, forzoso, divino, del castigo, cualquiera que sea.

Occidam et vivificabo! percutiam et sanabo! Estos cuatro verbos tienen una inmensa importancia: contienen toda la doctrina humana. La progresion y la perfeccion sucesivas, esto es, que se deducen de sí mismas, se encuentran implícitamente demostradas en aquéllos. Primero, el castigo terrible: yo mataré; despues, el castigo moderado: yo heriré! lo cual implica un progreso realizado.

En verdad, cuanto mas medito sobre la gravedad y profundidad de aquel admirable versículo de la Escritura, mas me parece que cada uno de sus términos contiene inmensas consecuencias. Pero no es éste el lugar á propósito para deducir todas las consecuencias preciosas que encierra.

Así, pues, se vé que el Dios de Israel, aquel Dios feroz que se representaba siempre con la violencia y la amenaza en la boca, está en este versículo, que sin embargo, parece tan terrible, lleno de mansedumbre, de indulgencia, de perdon y de amor.

Castiga segun su justicia para reparar segun su bondad.

«Dios—dice Bossuet—no juzgó conveniente entregar entre los Hebreos el dogma de la inmortalidad del alma á las groseras interpretaciones y á los estúpidos pensamien-

tos de una multitud, demasiado carnal para que no abusasen de él; sólo los hombres espirituales y perfectos podian penetrar el velo que de propósito le cubria (1).»

En este pasaje se prueba con sentimiento que al grande orador cristiano le faltaba el criterio espiritista para juzgar sanamente el sentido velado de los versículos mosáicos. San Agustín que veia de mas cerca, y por consiguiente mejor y mas exactamente, ha dicho: «*Unus tanem Deus per sanctos profetas et famulos suos, dedit minora præcepta populo quem ADHUC TIMORE ALLIGARI OPORTEBAT.*

— «Dios, por sus santos profetas y sus servidores, no enseñó al pueblo—á quien era necesario ENCADENAR POR EL TEMOR—sino los preceptos inferiores.»

Un materialista que ya he citado, M. Chevalier, apoyándose tambien en la opinion errónea de que la ley hebráica no contenía ninguna afirmacion de la inmortalidad, pretende en apoyo de su tesis que:

“En todas las amenazas y en todas las promesas de la Escritura, todo es temporal, sin que se encuentre una sola palabra en apoyo de los dogmas de la espiritualidad del alma y de la vida futura. Ciertos comentadores, de un mérito mas ó ménos notable, han pretendido—dice M. Chevalier—que Moisés tenia una noción exacta de aquellas dos grandes creencias... es enteramente inútil discutir sobre los sentimientos secretos del Legislador de los Hebreos. Estamos CIERTOS de que Moisés jamás dijo una palabra sobre la espiritualidad y la inmortalidad del alma, y las recompensas y los castigos futuros; que no se extendió mas allá de los tiempos presentes para anunciar y hacer realizar los beneficios reservados á los que observasen la ley, y las penas para los que la infringieran. Aunque la mayor parte de los criticos bíblicos pretenden lo contrario, encontramos muy extraño que si Moisés conocio aquellas importantes doctri-

(1) Una gran parte de las citas que hago en estas cartas, la he encontrado en los concienzudos trabajos de mi amigo Pezzan. Lo digo para dar a cada uno el mérito de sus investigaciones.

“nas, no haya manifestado nada sobre el particular al pueblo Judío. Si, pues, como hemos demostrado, eran extrañas al jefe de los Israelitas, ¿cuál era entonces el objeto y la extensión de su misión?

“Si el Legislador de los Hebreos hubiera anunciado los dogmas de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma, una de las principales escuelas filosóficas judías, no los hubiesen combatido sin cesar. Estos hombres eminentes por su ciencia á quienes se llamaba SADUCEOS, no hubieran sido autorizados por el Estado para enseñar públicamente su manera de pensar respecto á este asunto; no se les hubiese admitido especialmente en todos los cargos, y se habría absidido de elegir entre sus miembros, sumos potífices!”

Hé aquí, prima mia, como se escribe la historia; tal es la lógica de los que se burlan de la inmortalidad que desconocen, ultrajando abiertamente la verdad. Nadie ignora que las enseñanzas, religiosa y filosófica, eran libres en Israel, con tal de que no se descociesen las prescripciones legales del Decálogo y no se negara á YAHWE. Nadie ignora que los Essenios y los Fasiseos enseñaban igualmente sus doctrinas en el templo, nadie, excepto probablemente M. Chevalier. Por otra parte, los cargos pontificales eran hereditarios entre los Israelitas, y para un hebreo como quiere parecerlo el autor que he citado, es inconcebible que no sepa que la función de Sumo Sacerdote fué dada á Aaron y á su posteridad. Luego, el saduceísmo de un Sumo Sacerdote no hubiera traído mas que una enseñanza transitoria de esa doctrina en la cátedra principal del templo, y no implicaría en definitiva, mas que un estado de libertad en la enseñanza religiosa. Sin pararnos mas en tales aserciones, pues no lo merecen, digamos que M. Chevalier ha procurado dar á su materialismo un origen mosáico, y nada mas.

Suponiendo, lo que no es verdad, que Moisés y la legislación hebráica no hubiesen enseñado jamás la espiritualidad y la inmortalidad del alma, ¿se seguiría por esto que no

existen? ¡Ah! sin duda ese sectario de la nada, ese adorador de la materia, M. Chevalier, está tambien pronto á negar la electricidad, el vapor, la fotografía y la aeronautación, porque todo esto no existía en la enseñanza de los Romanos.

Esto me hace recordar dos pasajes de Ciceron y de Xenofonte sobre el alma, que M. Chevalier debiera meditar, y que dicen:

“Yo os conjuro, pues, hijos mios,—dijo Ciro en el momento de morir—en nombre de los dioses de nuestra patria, que os respetéis los unos á los otros, si conservais algun deseo de complacerme: porque no imagino que considereis cierto que nada seré cuando haya dejado de vivir. Mi alma hasta aquí, ha permanecido oculta á vuestros ojos; pero en sus actos reconoceis que existe.”

“¿No habeis notado igualmente de que convulsiones son presa los homicidas por las almas de los inocentes que han hecho morir? ¿Créis que el culto que se da á los muertos se hubiese sostenido constantemente si se hubiera creido que sus almas estaban des- tituidas de todo poder? En cuanto á mí, queridos hijos, jamás he podido persuadirme de que el alma que vive miéntras está en el cuerpo, se anoneade desde el momento que sale de él. Porque estoy convencido que es ella, ella sola, la que vivifica estos cuerpos perecederos, miéntras está en ellos. No he podido creer jamás que pierda su facultad de razonar en el momento en que deja un cuerpo incapaz de razonamiento. ¿No es mas natural pensar que el alma, entonces mas pura y desprondida de la materia, goza plenamente de su inteligencia? Cuando un hombre muere, se ven las diferentes partes que le componían unirse á los elementos de que procedían; sólo el alma escapa á nuestras miradas, ya sea durante su estancia en el cuerpo, ya sea cuando la deja.”

“Vosotros sabéis que durante el sueño, la imagen de la muerte, es cuando el alma se aproxima mas á la divinidad, y que en este estado á menudo prevé su porvenir, sin duda porque entonces está enteramente libre.”

«Pues si las cosas son como yo pienso, y el alma sobrevive al cuerpo que abandona, haced, por respeto á la mia, lo que os recomiendo; si estoy en error, si el alma vive con el cuerpo y muere con él, temed al menos á los dioses que no mueren, que todo lo ven, que todo lo pueden y que conservan en el universo este órden inmutable, inalterable, invariable, cuya magnificencia y magestad están por encima de toda expresion.

«Que este temor os preserve de toda accion, de todo pensamiento, que hiera la pie-dad ó la justicia... Pero conozco que mi alma abandona mi cuerpo, lo conozco en los síntomas que ordinariamente anuncian la libertad de la una y la disolucion del otro... (1).»

«Acuérdate de que si tu cuerpo debe perecer, tú no eres mortal. Esta forma sensible no constituye tu sér; lo que hace al hombre es su alma, y no esta figura que puede señalarse con el dedo. Debes saber, pues, que tu eres divino, porque este sér divino es el que tiene la facultad de sentir en sí la vida, de pensar, de prever, de recordar, de gobernar, de regir y mover el cuerpo que nos está unido, como el verdadero Dios gobierna los Mundos. Semejante al Dios eterno que mueve el Universo, el alma inmortal mueve el cuerpo perecedero. Ejercítala en las funciones mas nobles; no hay otra mas elevada, que la de velar por la salvacion de la patria. El alma acostumbrada á este noble ejercicio, se escapa mas fácilmente hacia su morada celeste; se traspulta con tanta mas rapidez, cuanto mas acostumbrada está durante su prision en el cuerpo, á tomar el vuelo, á contemplar los objetos sublimes y á sacudir los lazos terrestres. Pero cuando la muerte viene á herir á los hombres que se han vendido á los placeres, que se han hecho esclavos de sus pasiones, sus almas desprendidas del cuerpo, permanecerán errantes miserablemente alrededor de la tierra, sin volver á aquella

«morada sino despues de una expiacion de muchos siglos (1).»

Verdaderamente es notable ver á los mas grandes escritores de los siglos pasados, á los filósofos mas recomendables de todos los tiempos, en una palabra, á todos los grandes y verdaderos ideólogos, presentir la idea de lo verdadero que el Espiritismo viene á desenvolver de sus mantillas, dándole una forma clara, precisa y legal. La Inmortalidad, la Espiritualidad, la Preexistencia y la Reencarnacion no son, pues, singulares utopias, y confieso que respecto á estas cuestiones, la opinion de los Cicerones y de los Xenontes aventaja para persuadirme á la de M. Chevalier.

Pronto le daré, amiga mia, la continuacion de estas consideraciones.—N. N.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

—
BARCELONA 21 JUNIO 1869.

—
MÉDUM, M. M.

Despues de la tempestad, viene la calma.

Cuando la atmósfera se carga, forma grandes nubarrones hinchados de agua, que ha de derramarse en las comarcas donde los fluidos la dirigen. La tempestad estalla, los vientos descienden, se echan sobre la tierra, y con frecuencia os causan espanto, sobre todo cuando en mitad del dia percibís las sombras de la noche.

Especialmente cuando viajais os llama la atencion semejante espectáculo, y entonces es, mas que en otra ocasion, cuando contemplais esos fenómenos de la naturaleza, cuan-

(1) Gyropedia de Xenofonte, L. VIII, cap. VII.

(1) Ciceron, véanse sus obras.

dó quisierais profundizar el por qué de la tempestad que se forma á vuestro alrededor, que os envuelve y amenaza, el del trueno que retumba sobre vosotros y os causa un estremecimiento indefinible, si el miedo no os domina. Y os preguntais, ¿á qué todo eso? ¿Es necesario un huracan, una tempestad para darnos agua? Y en vuestra *sabiduría*, tenéis qué criticar en esas perturbaciones de la naturaleza, quisierais suprimirlas y establecer una calma perpétua.

¿No os habeis detenido nunca, en mitad de un bosque, á contemplar árboles y flores que en él han brotado, sin la intervencion de la mano del hombre? Habeis admirado sus hermosos colores y su perfume, que penetraba vuestros sentidos. La sencilla margarita que tapiza los campos con sus variados colores, ¿no os ha hecho decir á veces: Hé ahí flores sin jardinero que las cultive? Pero habeis olvidado por un instante al cultivador universal, que sin azadon ni arado, dá productos á la tierra; habeis desconocido por un instante su amor, su bondad infinita hacia vosotros, á quienes dá mas de lo que merecéis. Oh! ved, pues, siempre á Dios en todas las cosas, así en la florecilla de los prados, como en la inteligencia del hombre. Vosotros los que le tachais de injusto, cuando estalla la tempestad, ya derribe árboles, ya asole los campos, pensad que todo es útil en la naturaleza, que Dios no ha hecho nunca nada que no tenga su objeto, su razon de ser para bien de vuestra tierra, y de vosotros que la poblaís. Considerad, pues, que, si de tiempo en tiempo no tuvieseis un huracan, una tempestad que sanease la atmósfera; no podríais vivir en vuestro globo. Vuestros fluidos llegarían á estar tan cargados de ázoe, que no podríais respirar, el aire se haría nocivo, perderíais vuestra actividad y vegetaríais, consumiéndoos poco á poco.

Cuando despues de una fuerte tempestad, se restablece la calma, se reproduce la luz y un rayo de sol embellece la naturaleza, ¿no aspirais con mas facilidad, no sentís cómo se dilatan vuestros pulmones? ¿No reparais cuánto mas bella es la verdura, y cuánto mas

vivo el colorido de las flores? Pues bien, ésos árboles, esa verdura y esas flores estaban extenuadas antes de la tempestad por la pesantez del aire; su savia estaba falta de fluidos, y las veñas moribundas, pues la vida se escapaba poco á poco de su seno. Despues las veis regocijarse, porque el aire acaba de ser purificado, y os invitan á contemplarlas y á que tomeis parte en la dicha de que las ha colmado el Omnipotente, derramando sus beneficios en la naturaleza.

Oh! queridos amigos, vosotros á quienes tanto amo, haced pues como la flor, y elevaos al Todopoderoso; vosotros que sois partícipes de la inteligencia, pues en todas partes se encuentra su generosa mano. Ella derrama sobre vosotros sus dulces effúvios que penetran vuestras almas produciendo el efecto que el rocío en las flores. Animo, queridos hermanos, despues de las vicisitudes, vienen la calma y la dicha, lo mismo que despues de la tempestad. Todos tenemos una expiacion que sobrellevar y una tarea que desempeñar; hagámoslo dignamente á fin de merecer el perdon y la misericordia del Señor y de que nuestros deseos sean realizados. Felices los que tienen plena confianza en la bondad infinita del Criador, pues nunca serán abandonados por él.

DOLORES.

LA VIDA ETERNA.

No espereis os describa un paraíso inerte de espíritus arrobados en la divina contemplacion: no espereis que os describa un lugar de amenísimas delicias perfectamente inútiles para los seres todos, perdido en el tiempo como se pierde la fecundidad de la semilla que el viento arrastra sobre la arena de los desiertos: no, el mundo que voy á describiros es ni mas ni menos que el mundo que habitaís coronado de una aureola y con un abismo caótico detrás de vuestros piés. ¿Qué premio mas dulce que la contemplacion del ser divino, me direis? ¿Hay un mas dulce

premio? ¿Qué priva al hombre el que este sea para él el mas horrible de los reproches y el mas duro de los tormentos? ¿Cuál no sería, decidme, la confusión del hombre si le fuera dado en un dia llegar á la región del Sérvulo y le concibiera en eterno trabajo mereciendo siempre el premio que siempre gozó, y el sérvulo humano contemplando inerte tanto trabajo en una inacción perfecta?

El mundo de Dios no es el mundo de la ociosidad; es, por el contrario, el mundo del trabajo, de la actividad, del movimiento, del improbo trabajo de encauzar la libertad por su camino de perfección. No concibais á Dios jamás rodeado de nada; concebid solo y concebireis mas á Dios, aquel sereno espíritu sonriente, no de su dicha, sino de la dicha de todos los seres, absorbido por el pensamiento eterno de la creación y por la contemplación en el libro del tiempo de las acciones de los hombres; concebid después del Sérvulo Supremo á todos vuestros hermanos, velando por vosotros y pensando en vuestra dicha con el gozo inefable de un sérvulo á quien una dicha perfecta nada hace desear para sí mas que la dicha igual para otros seres; concebid un espacio imaginario rodeado por un espacio aun mayor, y en él concebid el pensamiento intensísimo que magnetizando con su mirada la materia sintetiza el movimiento del mundo, compuesto de todos los mundos, irradiando la luz que le rodea sobre el sereno espacio, y tendréis una idea incompleta de lo que es esa vida, que no sería tal vida si no tuviese por atributos principales libertad, movimiento y trabajo.

SÓCRATES.

(De *El Criterio Espiritista*.)

BIBLIOGRAFÍA.

Verdadero sentido de la doctrina de la Redención, (1)

POR VÍCTOR CONSIDERANT.

Este libro, cuya traducción en castellano debemos á D. J. Rovira-Fradera; á pesar de contener grandes verdades y puntos de vista muy luminosos, no enseñará ningún principio nuevo á los Espiritistas. Fourrier, que fué uno de los mas inmediatos precursores del Espiritismo, entrevió, aunque con alguna confusión aún, todas las verdades fundamentales de aquél. El jefe de la escuela *fallanteriana* admitía la pluralidad de mundos habitados, la de existencias del alma, la comunicación entre los seres visibles e invisibles, y hasta el cuerpo etéreo que reviste el Espíritu, al separarse del material con que se manifiesta, durante la encarnación. El cuerpo *aromal* de los furrieristas es la noción primitiva y vaga del *perispíritu* de los espíritistas. Víctor Considerant, que es uno de los mas notables discípulos de Fourrier, admite, pues, todos aquellos principios, aunque sólo incidentalmente los toca en la obra que nos ocupa.

Contrayéndonos á ella, debemos hacer notar que dos son sus tendencias capitales. Combate la teoría del mal absoluto y perpétuo en la tierra, y la no menos funesta de que *toda la redención* quedó consumada con la muerte de Jesús. Considerant tiene sobrada razón, cuando asegura que la primera de estas dos teorías falsas desvía á la humanidad de su fin providencial, y que la segunda fomenta la ociosidad del espíritu humano. Si la tierra ha de ser un mundo perpétuamente maldito, ¡á qué elaborarlo y pro-

(1) Cuaderno de sesenta y dos páginas en folio, Barcelona, principales librerías, 4 rs. el ejemplar.

curar su conquista por medio de los esfuerzos combinados del cuerpo y del alma? Si toda la redencion quedó consumada con la muerte de Jesús, ¿qué nos toca hacer sino acogernos á ella, descuidando la posesion de nuestro sér y el sacrificio de nosotros mismos, que á aquella posesion conduce? En este punto Considerant se confunde con los espiritistas, pues como éstos asegura que Jesús es un modelo ofrecido á la humanidad, que no debe cesar de imitarle, practicando continuamente la doctrina cristiana, esto es, la doctrina del sacrificio, única que puede operar la renovacion de la tierra.

Considerant admite el progreso indefinido como ley universal y eterna á lo que nada puede sustraerse, excepcion hecha de la causa primera; sienta, por la tanto, la revelacion progresiva, y atribuye la irreligiosidad de nuestros dias á la falta de progreso en religion.

«Iglesia católica! ¿Por qué tus hijos se han vuelto contra tí? Los filósofos y sus padres han sido tus hijos y tus discípulos. Tú no has querido marchar con la humanidad *que ha marchado*, no has querido quitar tú misma, modificando tus dogmas bárbaros, ó dejándolos caer en olvido, los obstáculos que obstruian nuestro camino, no has querido tener con *los pueblos ya vigorosos*, racionales e inteligentes, con la Europa civilizada, industriosa y pensadora otro lenguaje que aquel con que sometiste, en los primeros siglos, á *las groseras legiones de godos, hontentes y vándalos*; tú no has querido, tú no quieres decir mas ni ménos, ni otra cosa á los franceses de hoy que lo que digiste á los *francos* de Clovis ó de Meroveo.»

En este apartado, como en otros muchos de la obra, Considerant pone el dedo en la llaga. La reflexion no debiera, sin embargo, limitarse al catolicismo, pues el procedi-

miento de éste ha sido y es el de todas las teocracias. Todas éllas han intentado la pernicioñacion del dogma.

Terminamos recomendando á nuestros lectores la obra que nos ocupa, pues, aunque nada nuevo les enseñará, segun hemos dicho, les hará ver sin embargo, que el Espiritismo ha tenido sus preparadores, éntes de que se conociera su nombre, como tendrá sus continuadores que, llevándolo á sus últimas consecuencias, harán de él una doctrina nueva, comparada con la que hoy conocemos.

Para los que no son espiritistas la obra de Considerant será enteramente nueva, y los prepará á aceptar el Espiritismo sino en esta encarnación, en alguna de las sucesivas. El señor Rovira-Fradera ha prestado, pues, un servicio á la buena causa, traduciendo el *Verdadero sentido de la doctrina de la Redencion*, y por ello le significamos nuestra gratitud.

AVISOS.

Rogamos á los señores, cuya suscricion concluye ó ha concluido, se sirvan renovarla.

Agradeceríamos que en lo sucesivo las suscripciones fuesen al ménos por semestres.

El importe de la suscricion podrán remitirlo en sellos de 50 centimos, cuando no haya otro medio mejor, sin ser gravoso para el suscriptor.

A los que han recibido los primeros números y no hayan remitido el importe de la suscricion, se les ruega lo verifiquen tan pronto como les sea posible, ó avisen si no quieren continuar.

CORRESPONDENCIA.

D. T. C.—Ciudad-Real.—Recibidos los 12 reales y renovada la suscricion de don M. G.

D. M. P.—Mahon.—Remitido *El Evangelio*.

D. R. de R.—Algeciras.—Variada la direccion.